

luciones al problema de la muerte: el anonadamiento completo, la supervivencia con nuestra conciencia de hoy, la supervivencia sin conciencia de ninguna clase, y, en fin, la supervivencia en la conciencia universal o con una conciencia diferente de la que gozamos en este mundo.

El autor se detiene ante esta última hipótesis, y así nos lanza rebotando en el infinito. En cuanto al infinito, concíbelo como un ser, del cual todas las manifestaciones de la vida serían las células inmortales, y le concede una conciencia. Es Dios. Mas, ante todo ¿en qué razonamiento se funda el poeta para afirmar la prolongación de nuestra vida más allá de la muerte? Cuando escribe: "Hay en nosotros muchas cosas que no son obra de los sentidos: en nosotros se oculta un ser superior al que conocemos. Esto es probable, y aun cierto; ¡la parte de lo inconsciente, esto es, de lo que representa al universo, es enorme y preponderante!..." no puede uno menos de preguntarse: ¿por qué camino, fuera del de los sentidos, pueden penetrar en nosotros las sensaciones, y cuál es ese inconsciente que representa al universo? Nuestro inconsciente nos pertenece personalmente, lo mismo que nuestra conciencia, y el universo sólo existe a través de nuestro yo.

Aunque M. Maeterlinck, cuyo solio filosófico está determinado, parece ignorar a Bergson, sus dos pensamientos júntanse algunas veces por la necesidad de sobrepasar a la inteligencia para alcanzar al infinito. En uno y otro nótase esa religiosidad mística que quiere apoyarse en la ciencia para sobrepasarla. También puede darse el nombre de intuitivo al método de M. Maeterlinck, puesto que raciocina y sólo avanza con prudencia por entre sus soñadoras deducciones.

Después de todo, el maestro se guarda de inferir conclusiones, y nos deja la libertad de escoger nuestro destino póstumo. Su misma incerti-

dumbre da más valor a la vida terrestre y real, y, una vez cerrado este libro, cuando el lector se halla ebrio de sugerencias, entonces se complace en meditar la hermosa página de **Les Affranchis** (los Emancipados) de María Léneru, con la que M. Maeterlinck ha encabezado su libro:

"¡La Muerte! Una vez más, sólo a ella se la debe consultar sobre la vida, y no a no sé qué porvenir ni qué supervivencia en que no hemos de estar. La Muerte es nuestro propio fin, y todo pasa durante un intervalo de ella a nosotros. No me vengan a hablar de esas prolongaciones ilusorias que ejercen en nosotros el pueril prestigio del número; no me vengan a hablar a mí, que moriré enteramente, de las sociedades y de los pueblos. No hay realidad alguna, no hay duración verdadera más que entre una cuna y una tumba. ¡El resto sólo es amplificación, espectáculo, óptica vana!" Nosotros no podemos ya, como los seres religiosos, transportar nuestro deseo, nuestra necesidad de dicha allende las fronteras de la vida; pero que el pensamiento de la muerte sea para nosotros una excitativa a la vida, a la cual da su sentido y su valor.

\* \* \*

Ya sólo me queda espacio para señalar con admiración y melancolía, pues no volveremos a oír la voz del maestro, los **Ultimos Pensamientos** de Henri Poincaré (1), en los que el más ilustre de los modernos matemáticos se ha revelado como filósofo, "como uno de esos cuyos libros ejercen profunda influencia en el pensamiento humano". H. Poincaré fué y seguirá siendo un guía intelectual: aquí hallaremos sus deducciones sobre las ideas de espacio y de tiempo, sobre las relaciones de la materia con el éter, y, en fin, un magnífico estudio sobre la Moral de la Ciencia, que se podrá

(1) Bibliothèque de Philosophie Scientifique, un vol. in 8o, 3 fr. 50.—Flammarton.